



Poemas de Juan de
Contreras



G-F 15645

POEMAS

de

JUAN DE CONTRERAS

POEMAS

de

JUAN DE CONTRERAS

EDICION COSTEADA POR SUSCRIPCIÓN POPULAR
QUE INICIÓ DOÑA PATROCINIO AGUILAR DE
JUSTUS EN EL DIARIO «LA TIERRA DE
SEGOVIA» CON DESTINO A LOS
NIÑOS DE LAS ESCUE-
LAS SEGOVIANAS

AÑO  1921

SEGOVIA:
MAURO LOZANO
IMPRESOR Y LIBRERO
JUAN BRAVO, 44 Y 46

POEMAS

TORN DE CONTRERIS

funcion costera por suscripción popular
que incitaba patrocina a ellas de
libros en el diario la tierra de
sección con destino a los
niños de las escuelas
las secciones

1921



AÑO

Editorial
la tierra de
Calle de la
No. 100

CAMINOS DE CASTILLA

CAMINOS DE SEGOVIA, DE OLMEDO Y TORDESILLAS!
¡Sendas de Peñafiel, de Roa y de Ontiveros!

Bajo la faz del polvo, yo busco de rodillas
La huella de los santos y de los caballeros.

¡Caminos de Castilla, luengas cintas de plata
Que os perdeis a lo lejos, en los campos desiertos!
En las noches de luna torna la cabalgata
De los Reyes caídos, de los jinetes muertos.

.....
Como alcotán altivo que anida en las almenas
Con su hueste de algara, pasa un recio adalid:
Arrastra, por gualdrapas, banderas agarenas;
Las gentes, temerosas, le dicen «Mío Cid».

Han pasado los siglos; por el camino, un día,
Van dos mozos, henchidos los pechos de ilusión.
Les lleva su miseria, su orgullo y su hidalguía
Al puerto de Sanlúcar, do espera un galeón.

En las claras estrellas quieren leer su suerte
Y las estrellas dicen, temblando en el azul,
Que domarán imperios y que hallarán la muerte
En ignoradas costas, bajo la cruz del Sur.

La lluvia de noviembre golpea los caminos;
Ahúllan los lebreles del viento en la llanura;
La Reina Doña Juana de los tristes destinos,
Pasea por Castilla la Muerte y la Locura.

En la noche sombría, brillan los cuatro hacheros
Que alumbran vagamente, con su luz funeral,
El ataúd, cubierto de negros reposteros
Donde explaya sus alas el águila imperial.

El chapeo sin plumas y el bolsillo sin blanca;
Arrastrando las capas, como manto de Reyes,
Caminan los sopistas que van a Salamanca
Buscando amores nuevos, mejor que viejas leyes.

Tal vez riñen dos de ellos al salir de la venta
Y juegan ágilmente de espada y de broquel.
En sus brazos abiertos, una cruz nos lo cuenta:
«Mataron aquí a un hombre, rogad a Dios por él».

Una tarde de junio, bajo el cielo de fuego
Que reseca los campos y que dora el trigel,
Recogido en sí mismo, pasa un fraile andariego,
Camino de Medina, de Aranda o Madrigal.

En las sierras azules hay reflejos de ocaso;
Humean los hogares; una campana suena.
Las yuntas, fatigadas, tornan con lento paso;
Va cayendo la noche, sosegada y serena.

En los campos del cielo, sobre la tierra obscura,
Se encienden las estrellas, como flores de luz.
¡Noches esplendorosas de estío en la llanura,
Que poneis en las almas el fervor de la cruz!

Todo canta en la tierra, todo brilla en el cielo
Para el viajero humilde, que de la paz va en pos.
Su alma, tan fatigada, siente un dulce consuelo,
Y en soledad escucha la palabra de Dios.

.....

¡Caminos de Segovia, de Olmedo y Tordesillas!
¡Sendas de Peñafiel, de Roa y de Ontiveros!
Bajo la faz del polvo, yo busco de rodillas
La huella de los santos y de los caballeros.



LA QUERELLA

ANTE SU CONSEJO, SENTADO EN SU SILLA,
Dijo estas palabras el Rey de Castilla:

«Hombres de Segovia, llegaos y hablad»:

Y en el Crucifijo, poniendo las manos,

Clamó el más anciano de los tres ancianos:

«Juramos por Cristo decir la verdad».

¡Cuán firme era el porte de los hombres-buenos!

Los torsos erguidos, los rostros serenos,

De calma y de orgullo pleno el corazón.

Batía los paños el uno en Riaza,

Guardaba ganados el otro en Pedraza

Y el otro labraba los campos de Ayllón.

Dijo el más anciano de los segovianos:

«Rey: sobre el Alcázar que guarda los llanos

Como ave de presa, flota el pendón real;
La casa que hiciste labrar en la sierra
Cobija a los lobos que arrasan la tierra,
Que esquilman los pueblos, que siembran el mal.
En tu Real Alcázar mora un caballero;
Es mozo y gallardo, famoso montero,
Alto su linaje, grande su valor.
Tercias y alcabalas de las siete villas
Gasta en gerifaltes, potros y traillas;
Le dicen las gentes «El mal cazador»:
Llama a montería su trompa de plata;
Pasa el torbellino de la cabalgata,
El azor al puño los jinetes van,
Los recios corceles de ricos arneses
Huellan los sembrados y tumban las mieses
Que son nuestra vida, que son nuestro pan.
El mal caballero se goza en los daños;
Ceba sus lebreles en nuestros rebaños,
En los palomares ensaya el halcón.
Siguiendo a un lobezno llegó a la cabaña
De una cabrerilla; dejó la alimaña
Y trajo a la moza sujeta al arzón.
Nós, los que las villas poblamos por fuero,
Amparo pedimos contra el caballero;
De nuestras justicias iremos en pos.

Si tu Señoría remedio no toma,
Irán nuestros pleitos al Papa de Roma
O le emplazaremos delante de Dios.»

El Rey de Castilla quedó pensativo
Y dijo: «Yo juro, por Cristo, Dios vivo,
Que sobre el hidalgo cumpliré la ley.»
Y dijo el anciano: «Bajo el manto della
Nós, los de Segovia, ponemos querella
Contra Don Alonso, bastardo del Rey.»



CANTO A LOS VILLANOS DE CASTILLA ANTIGUA

HELOS, HELOS POR DO VIENEN, LOS VILLANOS DE CASTILLA;
Los de manos sarmentosas, que esparcieron la semilla;
Los de rostros aguileños, los de frente sin mancilla;
Los de frente sin mancilla, toda unguida de sudor,
Los que bailan viejas danzas de dulzaina y atambor
Cuando ríe por los campos la mañana del Señor.
Los que en tiempo de los moros repoblaron la comarca
Afirmando aquel terreno que oprimían con su abarca
Al amparo de una puebla de Perlado o de Monarca.
Los que alzaron sus iglesias a la Virgen y a San Juan,
San Martín y San Miguel, San Lorenzo y San Millán.
¡Viejas piedras que doradas por el sol de antaño están!
Ellos son los hombres-buenos que se asientan altaneros
Cabe Obispos muy letrados y muy nobles caballeros,

Cuando llama el Rey a Cortes bajo el árbol de los fueros.
¡A rezar, los frailecicos, los maitines en el coro!
¡A reñir, los caballeros, en la guerra contra el moro!
¡A segar, los segadores, el maduro triguero de oro!
Aprended, los ricos-hombres del pendón y la caldera,
Que la tierra que ganásteis sostenerse non pudiera
Sin servicios ni alcabala ni moneda fonsadera.
Aprended que de tres brazos se formó la cristiandad;
Si estos brazos se juntasen en amor de caridad,
No reinaran como hogaño la injusticia y la maldad.

Dios os guarde, los villanos; los villanos de mi tierra;
Los labriegos de los llanos, los pastores de la sierra:
¡La virtud de nuestra raza, sois vosotros do se encierra!
Salve, salve, los pecheros de las épicas edades
Que por Cristo trabajábais, alegrando las ciudades
Con las fiestas bulliciosas de los gremios y hermandades.
Bataneros del Eresma, curtidores del Clamores,
Tejedores y pelaires, tintoreros, tundidores...
¡Los que hicisteis muy famosa la ciudad de mis amores!
¡Dios bendiga vuestra sangre, que es veneno de energía!
En la guerra de cruzada, non ganásteis hidalguía.
¡Vuestra lucha fué la lucha por el pan de cada día!

LA HEMBRA DEL GAVILAN

TEMPLÓ SUS ACEROS DE GUERRA CASTILLA

En las aguas mansas del antiguo Duero,

Que canta los versos de su romancero

A los rumorosos chopos de su orilla.

Y es como un espejo para el cielo claro

Cuando, adormecido, se extiende en la presa;

Y es como un amante, que rendido besa

El huerto y la vega de Castro-Mendaro.

Allá donde tiene descanso y labranza

Martín Ruiz d'Otores, el buen burgalés,

Que en estos solares descifre el arnés

Y deja en reposo la espada y la lanza.

Un Rey se los diera con sus aladaños;

Tierras de buen pan, eras y molino;

Los majuelos agrios del dorado vino,

Las praderas frescas para sus rebaños.
Tan fuerte y alegre como un viejo roble
Lleno de jilgueros, es el infanzón;
Es toda su vida como una canción
De gestas antiguas, aguerrida y noble.
Porque las labores del hogar rigiera
E hiciese fecundo y alegre el hogar,
Buscó una doncella del mejor solar
De hidalgos de fuero que hay en la ribera.
Es ésta, la esposa, delgada y morena,
De negros cabellos y dulce mirar,
Cual Santa María del Monte-Bustar
Que siempre sonrío, graciosa y serena.
En todos sus gestos, tranquila y pausada,
La sabiduría brilla en su respuesta,
En su señorío de mujer honesta,
Hay algo de Reina y algo de Prelada.
Junto al ajimez, en lo más del día,
Hila de su lino con siete doncellas;
Hay una, cautiva, que canta querellas
Con el ritmo triste de la morería.
Partió el castellano con gente de guerra,
Vestido de hierro, la adarga abrazada,
A robar ganados en una algarada
Por tierra de moros, allende la sierra.

Y la dama otea, de las amarillas
Mieses ya maduras de la tierra llana,
A la cordillera sombría y lejana
Que guarda los cotos de entrambas Castillas.
.....
¡Mala fué la algara de esta primavera,
Que ha matado el filo de un dardo lobero
A Martín d'Otores, el buen caballero,
Y le traen a lomos de su yegua overa!
Le aguarda la esposa bajo el portalón
Y besa su frente, sin casi llorar,
Que las ricas-hembras saben ocultar
Sus mayores penas en el corazón.
Trajina la dueña, diligente y fuerte,
Y escancia los vinos del rudo festín;
En tanto, en las cijas, ahúlla el mastín,
A los tenebrosos lobos de la muerte:
Ya la comitiva cubre los senderos;
Los seis hijosdalgo, portando las andas;
Los monjes benitos, que rezan las mandas;
El tropel de hierro de los mesnaderos;
Y las plañideras, todas doloridas,
Y los hombres llanos que labran la tierra,
Y el doncel de escudo y el corcel de guerra
Que los escuderos llevan de las bridas.

Ya duerme el hidalgo bajo el frío suelo
De la iglesia humilde, campesina y ruda.
Su ánima de niño, cándida y desnuda,
Entre querubines se remonta al cielo.
.....
«En el Santo Nombre de Dios, uno y tres,
Porque a los que luchan se dé en encomienda,
Yo, Teuda Ferrandes, entrego mi hacienda
A vos el muy noble Maestro de Uclés.
Mi Castro-Mendaro, con cotos y anejos,
Lagar y paneras, horno y caserío,
Y el molino nuevo que en el caz del río
Hace la molienda de siete concejos.
Los campos de trigo que van al confín
De tierra de Burgos, las yuntas de bueyes,
El hato de cabras y las pingües greyes
De ovejas merinas, con yegua y mastín.
Vos doy mis ajorcas y mis arracadas,
Y los relicarios, que mi gala fueron,
Y aquellos zarcillos que tal vez vinieron
Ornando cabezas recién cercenadas.
En cambio yo pido, con toda humildad,
Vuestros santos velos y un rincón desierto,
Donde rece y lllore por mi dueño muerto
Y busque las vías de la eternidad.

A mis hijos mando que cumplan mi ley;
Su herencia es Castilla, su campo la guerra
Y si hacienda quieren, ganen otra tierra
Luchando como hombres, al lado del Rey.
Yo, Teuda Ferrandes, invoco al Señor
Porque mis palabras lo que el mundo fuere,
Sean perdurables y el que las vulnere
Yazga en los infiernos con Judas traidor.»

.....

¡Flor de las llanuras de nuestra Castilla!
En la paz serena de tu monasterio,
Una vieja carta me contó el misterio
De tu vida austera, piadosa y sencilla.
Contemplé tu efigie, que fingió el cincel
Yacente a la diestra del rudo infanzón;
Una cruz campaba sobre tu blasón
Y bajo tus plantas, dormía un lebrél.
Y pensé en mi tierra de Castilla, fuerte
Por sus hembras, madres de conquistadores;
En la santa tierra, donde los amores
Traspasan los cotos del Tiempo y la Muerte.



EL REY

EL CAMPG DE BATALLA QUEDA SOLO Y SANGRIENTO
En el lluvioso ocaso; es el clamor del viento
Largo como un responso, triste como un lamento.
Los cuervos tienden vuelo delante de un tropel
De armados infanzones; sobre un negro corcel
Pasa un recio ginete de luenga barba; es él.
Como no soy cronista, no sé si este hombre rudo
Que lleva un león rojo pintado en el escudo,
Se llama Don Ordoño, Don Sancho o Don Bermudo.
Sólo sé que es el Rey: en una catedral
Guardar los fueros viejos juró sobre un misal
Y un anciano arzobispo le ungió la frente real.
Veló las armas nuevas, y le cñió una infanta
La espada, guarnecida de una reliquia santa,
Que a los siervos protege y a los moros espanta.

Y desde aquel entonces lucha en la buena guerra,
Puebla aldeas y villas, a los monjes dá tierra,
Y ciñe con castillos los cerros de la sierra.
Este Rey de cristianos, fustigador del moro,
Es simple como un niño; en un cuerno de toro
Bebe el vino del Puerto, mejor que en copa de oro.
Se duerme en los Concilios y en las Cortes bosteza,
Inclina en las iglesias humilde la cabeza
Y la levanta altivo cuando el combate empieza.
En la caza y la guerra pone sus ansias todas.
No ostenta en el palacio las ricas gemas godas,
A la señora Reina, no ve desde las bodas.
Mas, allá en sus andanzas, tal vez el cuello humilla
Al suave yugo de Eros; de alguna pastorcilla
Descienden los linajes más claros de Castilla.
¡El Rey! Ante este nombre tiembla el pueblo y se aterra,
El Rey tiene en sus manos las paces y la guerra,
El Rey es el alférez de Dios sobre la tierra.
Hasta que, rebotante la copa del destino,
Muere en una batalla o en el fervor del vino
Le mata el afilado puñal de un asesino.
Al cabo de los años se apodera la Historia
De sus altas hazañas y ciñe su memoria
Con un nimbo esplendente de virtud y de gloria.

Los monjes coronistas, letrados monjes son;
De Idacio y de Isidoro gustaron la lición,
Y a su manera, han hecho del Rey un cronicón.
En sus acciones ponen la majestad de Octavio,
En sus juicios, la ciencia de Salomón el Sabio
Y del cantor David las mieles en el labio.
Pintaron en las orlas su semblante y su aliño;
Alta corona de oro, noble manto de armiño
Como los santos reyes que adoraron al Niño.
Sus gestas generosas divulga la leyenda;
Juglares sabidores las cantan en la senda
A los que en romería llevan devota ofrenda.
Las mozas le imaginan, cuando piensan en él,
Rubio el cabello, de oro la espada y el broquel
Como el Señor San Jorge y el Arcángel Miguel.
Yo vos le pintaría como un gran sembrador
Que ha sembrado los yermos en todo su redor
Con villas y lugares y templos del Señor.



*::: IMPRESION DE :::
SEGOVIA EN INVIERNO*

HAN CAÍDO LOS LOBOS DE LA SIERRA
Cerca del arrabal, sobre unos hatos;

Dejaron, al huir, roja la tierra

De sangre de corderos y chivatos.

No le valieron al masfín sus hierros,

Ni su alerta al pastor. Todo dormía

Y oímos los ladridos de los perros

Y unos ahúllos en la lejanía.

Ha traído la nueva del pillaje,

Después de amanecer, un pastor mozo;

¡Aún temblaba de miedo y de coraje!

¡Aún lloraba la rabia del destrozo!

Hoy comienza a nevar; blanquea el cielo

Y luego se deshace en copos leves;

La ciudad se engalana con el velo
De la casta Madona de las Nieves.
En las murallas y en las torres viejas
La nieve esfuma los contornos rudos;
Tiende un tapiz real en las callejas
Y marca un perfil blanco en los escudos,
Y en las secas olmedas, al ramaje,
Presta una vaguedad como de bruma,
Y pone luz de ensueño en el paisaje
Que en lontananza su blancura esfuma.
A la noche la luna esparce apenas
Una vaga y difusa claridad:
Toda blanca, detrás de sus almenas,
Parece como muerta la ciudad.
Tan grande es la quietud y tan profundo
Es el silencio y tan intenso el frío,
Como han de ser cuando navegue el mundo
Sin vida y sin calor por el vacío.
Sigue nevando aún y vacilante
Nace la tenue claridad del día...
Cuentan que se ha arrecido un caminante
Que cruzaba el pinar de Navafría.
.....
Es el aire tranquilo y transparente,
Son de un azul purísimo los cielos,

Se quiebra con mil luces el naciente
En las finas agujas de los hielos.
¡Mañanita de sol, clara mañana!
Que rebasas de luz y de alegría!
Los viejos pensarán en la solana
Que es la vida muy dulce todavía.
El sol arranca un iris de reflejos
Del hurraño vitral de los balcones;
Como jugando en los palacios viejos;
Alegra los sombríos portales;
Y en las nobles basílicas doradas
Pule las tallas de las piedras bellas,
Y hace añorar el sol de otras jornadas
A los guerreros y a los santos dellas.
El sol lleva la gente a los caminos
Que van a la ciudad; acompasados
El andar y la voz, los campesinos
Comentan de la mies y los ganados,
¡Carreteras de Cuéllar y Medinal
¡Caminos de Sepúlveda y Pedraza!
Parece que entre el polvo se adivina
La huella, firme y honda de la raza.
Llegan del manso Eresma los rumores
De los batanes y de las aceñas,
Y gimen con agudos estridores

Las pesadas carretas lugareñas.
El claro sol de las mañanas de oro
Alegra las plazuelas provincianas.
Late en las forjas el metal sonoro
Y vibra en el clamor de las campanas.
A la tarde en los sotos, cabe el río,
—El río con sus chopos a la orilla—
Paseán los ancianos el hastío
De las viejas ciudades de Castilla.
Cuando esmaltan los picos de la sierra
Los postreros reflejos vesperales,
Tornan loando a Dios, que dió a su tierra
Destas templadas tardes invernales.
La noche cae, muy limpia y sosegada;
Destacan del azul los ventisqueros
De la Muerta; del cielo azul de helada
Donde tiemblan de frío los luceros.



...: IMPRESION DE ...:
SEGOVIA EN OTOÑO

TIENE EL PAISAJE EL CANDOROSO ENCANTO
Del fondo de una tabla primitiva,
Pintada al temple, con reflejos de oro;
Entre huertos el río se desliza
Y en la altura, las torres almenadas
Corona son de la ciudad antigua
Toda bañada en luces del Ocaso.
De los chopos las copas esbelfísimas,
Rojizas cual las llamas de los cirios,
Destacan de las nubes que, sombrías,
Cubren el fondo; sus postreros besos
Lanza a la tierra el sol. Una colina
Cubierta toda de viñedos gualdos
Parece en limpios cobres esculpida.

Una a una las hojas van cayendo,
Melancólicas, leves, fugitivas,
Como nuestras ideas. Tan profundo
Es el silencio, que los ecos vibran
Con el rumor de un vuelo entre las frondas
O de unas voces en la lejanía.
En la vieja alameda, junto al río,
Las hojas nuestros pasos amortiguan
Con una alfombra de oro; es el follaje
Como un dosel de lumbres encendidas.
Un ambiente dorado nos rodea.
¡Noble quietud de la ciudad tranquila!
Tan solemne es la calma, que sentimos
Deseos de postrarnos de rodillas,
Cual los santos que adoran a la Virgen
En las ingenuas tablas primitivas.



DE LA JUDERIA VIEJA

HUNDIENDO EN EL ORO LA MANO AVARIENTA
El judío viejo sus monedas cuenta.

¡Guarda, guarda, viejo, que yo ví al Amor
Que te desgranaba tu perla mejor!

¡Oh cuántas riquezas Don Mosé tenía
En su tendezuela de la Judería!
Tapices de Oriente guarnecen el muro;
Relumbran las gemas en el antro obscuro;
Pero hay en un cuarto, que no abre jamás,
Unos ojos negros que relumbran más.

Hundiendo en el oro la mano avarienta
El judío viejo sus monedas cuenta.

Hilando su lino, la niña decía:
¡Ay, quién fuera mora de la morería!
Si en alguna villa fuera yo villana,
Bailara en las fiestas a toda mi gana.
¡Padre que me matas de quererme tanto!
¿No me ves solica y en amargo llanto?

Guarda, guarda, viejo, que yo ví al Amor
Que te desgranaba tu perla mejor.

Judío, judío, no cuentes el oro,
Que rondan ladrones tu mejor tesoro.
En aquel silencio de tu callejuela
¿No oiste un murmullo como de vihuela?
Sobre los guijarros, ante tu dintel,
¿No oiste los cascos de un bravo corcel?

Hundida en el oro la mano avarienta
El judío viejo sus riquezas cuenta.

Ya ronda el amante las tapias del huerto;
Ya sale la niña, que el postigo ha abierto;

Ya la sube el mozo sobre el alazán;
Ya por los caminos galopando van.
De la madrugada las primeras brisas
Se llevan los ecos de sus frescas risas.

Guarda, guarda, viejo, que yo ví al Amor
Que te desgranaba tu perla mejor.



*Acabóse de imprimir este libro de
Poemas en la Muy Noble Ciudad
de Segovia, por Mauro Lozano,
a XXV días del mes de Oc-
tubre, fiesta de San Fru-
tos, Patrón de Segovia*
AÑO M.CM.XXI



...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...

*

